

«No formamos los vivos y los muertos  
dos ciudades separadas»

[JUAN PASQUAU]

## I

### *La intrusa*

Podríamos olvidarnos de ellos, de los que estuvieron en primera fila cuando nosotros fuimos apareciendo en el escenario; de los que embaldosaron el suelo que ahora pisamos; de quienes envejecieron mientras nosotros confundíamos el futuro con el infinito; de los que murieron y fueron poblando nuestra vida de agujeros. Podríamos darles la espalda y no mirar atrás, incluso huir y olvidar, si eso nos hiciera más libres. Pero también podemos dejarnos alcanzar por ellos. No hacen falta trances esotéricos ni delirios programados: puede bastar con permitirnos un descuido y bajar la guardia en el momento apropiado. Aunque, en mi caso, hubo algo más que descuido y casualidad. Sí, hubo un encargo.



LUNES, 9 DE AGOSTO, CUARENTA AÑOS. El tren expreso se detuvo en el andén principal de la estación en el momento exacto en que los cumplí. Media vida que parecía una vida acabada, como si ya sólo quedase el trayecto de vuelta. Llevaba un equipaje pensado para tres días, una conferencia para un curso de verano y el aspecto de un hombre convaleciente y equivocado, como esos pródigos a los que les impiden ya probar fortuna en los casinos de juego por lo mucho que han perdido. Nada esperaba de aquel viaje académico, más que acaso distanciarme por unos días de alguna herida reciente y torcer la esquina de la edad madura lejos de casa. Ninguna señal, ningún presagio, ninguna zozobra, nada me avisaba de que acudía a una cita.

Santander, día de mirar atrás, vísperas de todo sin yo saberlo. La noche en la cabina del coche cama me había traído evocaciones huidizas de otros viajes en tren que atravesaban remotas noches de verano. Tras instalarme en la habitación que tenía reservada en el Palacio de la Magdalena, donde habría de celebrarse el curso, dejé pasar la mañana sentado en una cafetería del Sardinero, junto a la playa que pronto fue poblándose de familias con niños y abuelas, pero también de chicas que leían novelas de pastas negras y rótulos dorados. Sol tibio, brisa y elegancia marina. No pude evitar pensar que María se habría acordado de la fecha y se preguntaría qué estaba siendo de mí. Todavía dolía no tenerla al lado en momentos en los que lo más natural del mundo habría sido mirarla, preguntarle la hora o señalarle un barco de vela a lo lejos. Dolía imaginar que ella me señalaba a mí desde el barco, mientras Mario la abrazaba por detrás. «Adiós, María», le dije, mirando el velero.

Pedro Zúñiga, el buen amigo, el organizador del curso, me había citado para comer, pero le dejé una nota en recepción excusándome. Prefería dedicar el día a mí, a dejarme llevar por cualquier sentimiento amable, a ultimar mi conferencia en la «Menéndez Pelayo», a asomarme dentro de ese estanque quieto de aguas bajas en que parecía haberse convertido mi vida, a seguir cumpliendo cuarenta años tan desprevenido, tan ajeno a los eclipses de sol y de tiempo que estaban a punto de ensamblarse. ¿Cómo iba a sospechar que aquella misma tarde, tan plana y apacible, alguien estaba llegando a esa ciudad con la única intención de encontrarme? ¿Cómo imaginar que de allí no saldría en tren y de regreso al sur de siempre, sino en un coche verde, hacia el norte, atravesando Francia con una mujer inesperada para contemplar un sol negro?



La mañana del martes se despertó con el sonido de olas de mar. El curso se impartía en una de las salas del Palacio de la Magdalena. Los generosos ventanales del aula de techos altos dejaban traslucir la nubosidad variable de la mañana cantábrica. Disertaba Peláez, el primer ponente, y discurría el último 10 de agosto del siglo y del milenio.

Poco antes de las once se abrió la puerta despacio y se asomó una mujer que, como confundida por una última duda sobre si se había equivocado de aula, se detuvo indecisa durante un instante. Parecía que iba a esbozar un gesto de disculpa por la interrupción y a desaparecer detrás de esa puerta para siempre.

Pero entró. Cerró con cuidado la puerta y avanzó hacia un asiento libre en cuarta fila. Se acomodó y me miró sin disimulo. Se parecía tanto a Irene Jacob, la actriz suiza vestida de rojo que también abrió una puerta en mitad de una película interrumpiendo por equivocación la escena de otra película de polacos blancos. Peláez distinguía afanosamente conceptos, ofrecía cifras y curvas con las que intentaba demostrar la rentabilidad comercial de la restricción del tráfico rodado en los centros urbanos. Yo miraba el reloj, desenfundaba la pluma para tomar alguna nota (apunté, para aparentar atención, palabras como «accesibilidad», «carga y descarga», pero también, con letra más esmerada, «Irene», «rojo» y «Kieslowski») y cada poco tiempo volvía a mirar a la intrusa, a su liviano vestido verde aceituna de tirantes finos y holgados, a su pelo rotundamente negro y apenas ondulado, a sus labios de color vino.

Era mi turno, pero Zúñiga propuso una pausa para el café. Vi que ella se quedaba sentada mientras salíamos. Fue una larga media hora durante la que comentamos la ponencia de Peláez y lo interesante que estaba resultando el curso con los estudiantes y los becarios de investigación llegados desde Cádiz, Alicante

o La Coruña. Al regresar comprobé con alivio que ella seguía allí, y que su presencia era infinitamente más interesante que la peatonalización del centro urbano. Pedro Zúñiga me presentó como su amigo Juan Zaldaña, profesor de la Universidad de Córdoba, un experto nacional en ordenación urbana de centros históricos y contratado recientemente por el Centro Pompidou de París para dirigir una sección de la Exposición sobre la Ciudad del siglo XXI que se habría de celebrar próximamente. La morena de verde oliva hizo un gesto de admiración y extrañeza al oír lo de París, como sorprendiéndose de que Córdoba y el Pompidou pudiesen convivir en el mismo párrafo. El oficio, más que la vocación, me permitió aquella mañana hablar con entereza y dominio. Los otros alumnos asentían con sus cabezas y reproducían en sus apuntes alguna idea que marcaba con énfasis, pero ella no, ella estaba cruzada de piernas, reclinada en su asiento, mirándome. Estoy seguro de que insistiría en mi idea de «cohabitación» entre conductores y viandantes, en la supresión de las aceras, en el cambio del asfalto por el adoquín, en el compromiso entre el Cielo y el Infierno con «grandes dosis de energía política y de clarividencia ciudadana», como solía decir al defender mis tesis. Y recuerdo que al terminar coseché aplausos, también de ella.

Zúñiga miraba el reloj durante el coloquio, comprimido quizás por la cita con algún responsable de la Universidad Menéndez Pelayo con quien tendríamos que comer en el otro extremo de Santander, y ávido de encender ya el cigarrillo que sacó del paquete al inicio del debate. Antes de dar por cerrada la sesión, entre el ruido de carpetas que se cerraban, anunció algún reajuste horario para la mañana del día siguiente, debido al eclipse que oscurecería la ciudad hacia el mediodía, para que quienes quisieran pudieran contemplarlo.

Algún alumno se acercó a comentarme cualquier aspecto de mi conferencia, mientras otros resolvían con Zúñiga alguna incidencia organizativa. Pero yo estaba pendiente de la cuarta fila, donde permanecía esa mujer inquietantemente atractiva. En cualquier momento iba a levantarse y a marcharse definitivamente, y yo no sería capaz ni de un amago de saludo de despedida, porque nada me horrorizó nunca más que el profesor que corteja desde la tarima. Por fin se levantó, pero avanzó hacia donde ya estábamos solos Zúñiga, Peláez y yo y, con una sonrisa, me dijo:

—Profesor Zaldaña, ¿podría dedicarme un minuto?

Peláez y Zúñiga hicieron ademán de salir afuera, pero ella dijo que no quería molestar y que quizás sería mejor verse en otro momento. «¿Va usted a asistir a la recepción de esta noche?», me preguntó. No supe qué decir, y miré a Zúñiga, al maestro de ceremonias, y le pregunté qué me tenía preparado para esa noche. «Pues una recepción en el Palacio de la Magdalena de la que no puedes escaparte», dijo, mirando complacientemente a la mujer. «Entonces —dijo ella— si a usted le parece bien, allí podemos vernos. Tengo mucho interés en hablar con usted un poco más tranquilamente».

La recepción comenzaba a las diez de la noche. La tarde no se había dado prisa en consumirse, y me dio tiempo para pasear, leer periódicos, comprar libros y tomar cafés por el centro de la ciudad, después de una siesta en la que no concilié el sueño, quién sabe si a causa de esa cita inesperada. Los demonios me estuvieron diciendo que si una mujer así quería encontrarse conmigo con tanta determinación, sólo podía ser por razones decepcionantes: nos saludaríamos entre grupos de gente, llegaríamos a hacer un aparte, y ella me pediría una opinión sobre una tesis, o sobre un proyecto, y me prometería remitirme la

documentación necesaria si yo no tenía inconveniente, para poder estudiarla con más detenimiento. Yo me comportaría de manera exquisitamente amable, quedaría agotado el tema, cruzaríamos palabras de cortesía sobre el palacio o sobre el curso, le entregaría una tarjeta, y nos despediríamos, yo volvería con Zúñiga y ella se perdería para siempre.

Al comenzar la recepción quedaban todavía claros a poniente. El salón estaba engalanado con lámparas, cristales y manteles. Nadie la vio entrar, pero de repente apareció a mi lado vestida de rojo, radiante, abrumadoramente guapa. Con total familiaridad me extendió la mano y se presentó. «Aquí me tiene, profesor, soy Irene», dijo, y yo bromeé con su parecido «hasta en el nombre» con mi actriz preferida. «Ya me lo han dicho alguna vez, pero qué más quisiera», dijo ella. Me explicó que no era alumna del curso y había tenido dificultades para entrar en la recepción. «A una mujer así —le dije, mirando su vestido— sólo le piden la documentación en la frontera de Gibraltar», y volvió a reírse. Era arquitecta y consultora urbanística, dijo, y estaba interesada en la exposición de París sobre las ciudades del siglo XXI, y quería saber más detalles. Así que era eso. Ella rioja y yo jerez, y mientras yo intentaba prolongar la conversación con curiosidades sobre los preparativos de la exposición, ya me di cuenta de que la marquesa (después explicaré por qué llamo así a Irene) no tenía prisas. Pronto estábamos tuteándonos, ella supo tejer una conversación animada, y me ayudó a desentenderme del resto, incluso de Pedro Zúñiga, aunque Zúñiga no dejaba de mirarnos, como preguntándose quién sería esa mujer. Cuando me sentí seguro de que ella estaba tan poco pendiente como yo de la fiesta que nos rodeaba, le dije: «vámonos a la ventana», y ella cogió al vuelo otra copa de rioja, y un jerez para mí. Sus labios rojos no dejaban cerco de carmín en la copa, un pequeño lunar liso destacaba en el dorso de su mano.



Nos sentamos al lado de uno de los ventanales, como apartándonos del riesgo de que cualquier saludo nos engullese y rompiera el hilo de nuestra charla. Me gustó ver que al sentarse cruzó las piernas hacia mí, y recordé una estupidez que leí alguna vez, seguramente en la adolescencia, en el *Reader's Digest*, sobre comunicación no verbal: que ese gesto denota deseo de proximidad y confianza. Algún brindis, muchas risas. Alguien pidió silencio de pronto, un *tin-tin-tin* de cubierto sobre cristal cortó las conversaciones, y las miradas se concentraron en el lugar donde se hallaban el rector, Zúñiga, y algún otro. Mientras el rector pronunciaba las palabras protocolarias, yo me puse de pie y avancé uno o dos pasos. Irene se quedó sentada, como poniendo ancla a ese espacio que habíamos ganado ya. Después quien habló fue Zúñiga, agradeciendo a y deseando que. Apenas terminó, volvió la música, se reanudó el movimiento de los camareros entre los grupos de personas, y yo volví a sentarme a su lado, sabiendo que habíamos traspasado ya esa delgada línea que cambia el color de las cosas, que deja atrás los pasillos de la cordialidad y da acceso a estancias intermedias en las que empieza a hablarse mirando con curiosidad a los ojos, con la sensación de que la mujer que hay delante es una ciudad nueva a la que estás llegando, un país con senderos y veredas, con flora y fauna, un continente con paisajes abiertos y recónditos.

Antes de que la recepción empezara a declinar, antes de que un prolongado silencio lo pudiera interpretar cualquiera de los dos como el momento de la despedida, la marquesa dijo que era la noche de san Lorenzo. «¿A ti te gustan las noches de san Lorenzo?», me preguntó. Y esa fue la rendija por la que entró la primera gran bocanada de los veranos antiguos. Pues claro que sí, me entusiasmaba esa noche, la mejor noche del año, aprendida hacía tanto tiempo, en la profundidad de los veranos sin ca-

lendarario, cuando sus días tenían nombre y no número: san Juan, el Día del Carmen, san Lorenzo. Esa pregunta fue la llave de la puerta que estaba queriendo abrirse. Dijo que también para ella era la noche más bonita, y lo dijo mirando para el exterior. Yo lo entendí como una invitación, y le propuse con determinación que nos fuéramos a ver las estrellas fugaces.

Me miró, asintió, y dijo, sonriendo:

—Por mí, ahora mismo. Pero tú tendrás compromisos que atender...

Instintivamente miré hacia donde estaba Zúñiga.

—Sí, debería ponerme a hablar de urbanismo, de política universitaria y de mujeres con los colegas, ¿no crees?

—Sería lo más sensato, y lo que se espera de ti.

—Y no esa tontería de irse con Irene Jacob, la actriz que más te gusta, a ver estrellas en una noche de san Lorenzo...

Irene se apartó el pelo de la cara, me miró de nuevo fijamente y me dijo en voz baja, despacio, entre el suave rumor de vestidos y chaquetas, de perfumes y humo de tabaco, de vasos largos y lámparas de salón, de risas y de música de cuerda, casi rozando sus labios en mi oreja:

—Has dicho «a ver las estrellas».

«Acepto», pensé, «sabría estar toda una noche a tu lado sin tocarte», pero sólo dije:

—Acepto.

—Pues no sé qué esperamos —ordenó la marquesa.

Salimos del palacio sin despedirnos de nadie. Dejamos atrás la velada, el curso de verano y el urbanismo. Sugerí pedir un taxi que nos llevara al faro, en el extremo de la ciudad, pero ella



prefirió bajar a una colina de pinos que hay junto a uno de los acantilados.

Yo habría optado por más distancia, por salir de esa península a la que llamaban isla, por una escapada irreversible, por alejarnos del remoto riesgo de que la fiesta de palacio descendiera pronto a los pinos y nos recuperase, pero bajamos por un camino asfaltado por el que de día circulan los trenecitos de turistas que visitan la Magdalena, nos desviamos por una ladera pronunciada y cubierta de hierba bien cuidada entre pinos, y encontramos un lugar apropiado, con vistas abiertas al cielo y frente al mar donde poder tumbarnos, traje gris y vestido rojo. No sé si lo encontramos casualmente, o si también la marquesa lo tenía preparado. Poco a poco el rumor del mar iba apagando los ruidos del palacio.

Olía a pinos nocturnos, a humedad marina y a verano cantábrico. Noche de san Lorenzo, noche de estrellas quietas y estrellas fugaces que rasgaban la oscuridad en silencio, igual que la luz de un barco lejano se prolongaba en una línea rajando la negritud del mar. Irene contaba cosas teñidas del color de sus labios que yo escuchaba con avidez, como si a cada momento pudiera desvelarse el misterio que la había traído. O nos callábamos, mojándonos los dos con el mismo rumor continuo de olas sensuales y cansadas, como llegadas de tan lejos. La marquesa se había desnudado los pies, estaba a mi lado, recostados los dos en la hierba de la ladera entre pinos, sólo nuestros brazos se rozaban a veces, aunque la brisa removía en alguna ráfaga su vestido y dejaba ver apenas sus piernas discretamente morenas, limpias, con brillo de luna. No sé si he dicho ya que es una mujer cuyo encanto justificaría tragedias y cruzadas. Tan fácil era imaginar cómo mis dedos apartarían levemente los delicados tirantes y cómo mi mano recorrería los hombros, retiraría el pelo, y cómo sus ojos se cerrarían mientras yo la iría desnudando en

una habitación con luz de luna y ruido de caracolas marinas. Pero no, era la noche de san Lorenzo y sabría estar con ella sin estar esperando, agazapado, el momento de tocarla. No tocarla, esa creí que era la primera regla del juego.

Las estrellas estaban allí, como si hubieran venido ellas a vernos a nosotros cumpliendo un designio ancestral. Rápidas luminarias cruzaban dando gracias a la noche y transportando caravanas de sentimientos remotos, fugaces, gigantes. Parecían chispas encendidas por tanto deseo que, por asociación, avivaban también algunos recuerdos. Como si indicasen la dirección del cuerpo de Irene, yo perseguía las líneas candentes que me conducían a veranos antiguos, quizás porque las estrellas que ahora veíamos cruzar el cielo parecían las mismas que mi tío Anselmo nos llevaba entonces a mirar en las noches de san Lorenzo, en Pinos de Duero. Por eso empecé a hablar a la marquesa, con una locuacidad que a mí mismo me sorprendía, de aquellos veranos; quizás porque, aunque entonces no pudiera darme cuenta ni saber por qué, la misma fuerza de gravedad que por una línea me transportaba a aquel tiempo, me empujaba por otra a acercarme a ella, como si las dos líneas convergentes fuesen los raíles que me fueron conduciendo toda la noche hacia un paraíso olvidado.

Pero evocar aquellas noches y aquellos veranos era entrar en el zaguán fresco y umbrío de la casa de tía María Jacinta y empezar a recomponer la armonía de todas las piezas de las que estaba hecha la felicidad, cuando no faltaba todavía ninguna, cuando todo estaba allí dentro, entero, recién estrenado, cuando siempre era verano entre trigales castellanos y tormentas de agosto, antes de que empezaran a perderse elementos y a formarse el etéreo material del que está hecha la nostalgia.